

DEMOCRACIA Y PARTITOCRACIA

Pueblo 4-1-77

El desarrollo, la aprobación y las reacciones que ha suscitado el llamado «pacto de la Moncloa» están poniendo de manifiesto algo que tiene singular importancia y que nuestra naciente democracia liberal parece estar olvidando: los partidos políticos son una pieza, pero sólo una pieza de la vida democrática y de la participación social.

Vaya por delante mi claro deseo de que los acuerdos de la Moncloa tengan la máxima eficacia y mi reconocimiento sin reservas de lo que suponen de habilidad política del Gobierno y de sentido de responsabilidad nacional de los dirigentes de los partidos. La situación política, económica y social de España había llegado a ser tan delicada que todo lo que represente un alivio, un punto de firmeza para seguir avanzando, un horizonte de esperanza, más o menos limitado, para salir de la crisis, tiene que ser recibido y apoyado de buena fe.

Cualquiera que sean los reparos y objeciones que se puedan hacer a los acuerdos, y los hay abundantes, y bien fundados en todos los ámbitos (político, social y económico), nadie podrá dejar de reconocer objetivamente que la situación y las perspectivas de salida de la crisis son ahora, después del «pacto», mejores que hace un mes. Y que tanto en el interior como en el exterior un suave viento de esperanza ha empezado a soplar en el enrarecido ambiente de primeros de octubre dominaba el panorama de España.

Pero dicho esto tenemos que decir también que todo lo ocurrido en torno a estos acuerdos es exponente del grave riesgo que está corriendo el proceso de democratización política de España, de no llegar a madurar, por olvidar que estamos en el último tercio del siglo XX y no en el primero, y que la democracia no puede estar monopolizada por unos partidos políticos que, a su vez, estén excesivamente dominados por su propio aparato dirigente. En este sentido, los acuerdos de la Moncloa, como tantas otras actuaciones de estos últimos meses, son defectuosos desde el punto de vista democrático y carecen de la suficiente representatividad social. Ese es su «talón de Aquiles», y ahí está una de las posibles causas de su posible ineficacia.

Viendo cómo se desarrollan las cosas, cómo los dirigentes de los partidos se erigen en dueños y señores de la actividad política y deciden sobre los más importantes problemas como si fueran de verdad los portavoces de la voluntad nacional, no podemos por menos de temer por el futuro de nuestro proceso de evolución política, por el futuro de nuestro país.

España es algo más que los partidos políticos y por supuesto, mucho más que su burocracia dirigente, y una democracia a la altura de nuestro tiempo requiere que la dirección del país, la participación ciudadana sea mucho más amplia que la del grupo de dirigentes de los partidos.

El protagonismo excesivo y el dirigismo elitista de los partidos, está conformando una democracia poco democrática, valga la redundancia, poco «representativa» y poco «participada». Y más bien «anacrónica». Es anormal, escaso y a veces triste el papel de las Cámaras, dominadas y casi amordazadas por sus juntas de portavoces; es penoso el papel de los parlamentarios, y es lamentable la marginación de la representatividad de otras fuerzas sociales y muy especialmente del mundo del trabajo en las grandes decisiones nacionales. Trabajadores y empresarios, instituciones docentes o culturales, municipios y asociaciones de vecinos... son apenas algo más que espectadores de la representación nacional que están dando

Licinio DE LA FUENTE

las primeras figuras de los partidos, acaparadores de todos los papeles; son poco más que destinatarios del mensaje que las «estrellas» de la representación les dirigen cada día desde el escenario nacional, apelando a su responsabilidad moral y comprometiéndoles «a posteriori» en sus decisiones.

Se olvida que una democracia social es algo que la representación partidista; se olvida que un partido es algo más que el protagonismo de sus líderes; se olvida que unas Cámaras son algo más que una computadora de votos previamente «negociados» y «comprometidos», lo que explica que en cuatro meses no haya habido realmente un verdadero debate parlamentario que merezca este nombre... Se olvida que las fuerzas sociales que representan trabajadores y empresarios son hoy tan importantes por lo menos como los partidos políticos, a la hora de salir de una crisis como la que estamos padeciendo. Se olvida que hay instituciones culturales, asociaciones vecinales, entes sociales de muy diversa naturaleza, con los que hay que contar para gobernar, y no sólo para que cumplan lo que previamente acuerden los políticos profesionalizados y trasladarles la responsabilidad moral de sus acuerdos.

La democracia está corriendo un grave riesgo si centraliza su vida en los partidos políticos y éstos a su vez son poco más que máquinas dominadas por una minoría dirigente. Es un camino por el que podemos llegar o estamos llegando, una vez más, a la tan cacareada disociación entre la España real y la España oficial. Estamos corriendo el riesgo de que la democracia no sea la participación efectiva de los españoles en la dirección de sus asuntos, sino el puro gobierno de los partidos y de sus maquinarias burocráticas, que no es ni mucho menos, lo mismo. No se puede confundir a la altura de 1980 «democracia» y «partitocracia».

Ello explica que las bases de los partidos se sientan marginadas, que diputados y senadores se consideren disminuidos y que las Cortes hayan hecho hasta ahora poco más que votar lo acordado fuera de ellas; que trabajadores y empresarios, agricultores e industriales, muni-

cipios y provincias (y, sobre todo, vecinos y provincianos), entidades culturales, profesores y alumnos... se sientan desconocidos o manipulados.

Hemos tomado como base de nuestro comentario el Pacto de la Moncloa, pero sólo porque es un exponente clarificador de una situación mucho más amplia y con muchos matices, de la que vamos a seguir hablando en otros artículos.

Tomamos como ejemplo el «pacto», porque en él se reflejan casi todas las insuficiencias y los defectos de nuestra nueva democracia. El «pacto» es sólo de partidos (dirigidos por dirigentes de partidos), y ahora, lógicamente, los trabajadores y los empresarios, las Universidades, los campesinos, dicen, y con razón, que no sólo no han participado, es que ni siquiera han sido oídos, por lo que se tiene poca fuerza moral para responsabilizarles en su desarrollo y sus consecuencias.

Para mí, el error puede estar en que los que se sentaron en torno a la mesa de la Moncloa, se crean de verdad que asumen íntegramente la voluntad nacional, y que la democracia es sólo una expresión del juego de los partidos políticos. No caigamos en el error de reducir la democracia al puro juego de los partidos, es un error que le puede costar caro al país. Porque el país se resiste a «encerrarse» en el simple marco de los partidos políticos. Tiene mucha más vida. Y esa vida puede quedarse fuera de la política oficial, con lo que la política perderá la fuente principal de su enriquecimiento real, de su apoyo efectivo, y de su solidez y su participación.

Yo diría que estamos padeciendo la inflación de los líderes sobre los partidos, de los partidos sobre las instituciones, y de las maquinarias políticas sobre las realidades sociales.

El desarrollo político está «desacompañado» y hay sectores vitales para el país en los que no parece que los partidos, empeñados en «dominar» toda la escena nacional, tengan prisa en organizar su participación: el «retraso» sindical y el «retraso» municipal, pueden ser clara muestra de una ceguera o un «deslumbramiento» de la democracia puramente partidista. Pero lo cierto es que la falta de una adecuada organización de la vida sindical y de la vida municipal puede erosionar tan gravemente la vida democrática y la vida ciudadana, que el juego de los partidos se desarrolle en la más completa irrealidad.

Hay que dar entrada en la participación política a las fuerzas sociales, porque los partidos no pueden asumir íntegramente la representación social y una democracia puramente partidista (es decir, articulada sólo a través de los partidos), no sería una verdadera democracia a la altura de nuestro tiempo y desencadenaría marginaciones, tensiones y conflictos que podrían hacerla fracasar.

Una vez más, no confundamos «democracia» con «partitocracia», ni partidos políticos y representación social.